

# Informaciones

## Acontecimientos

### Efemérides filosóficas 2013

- 413 a.C.  
(circa) Nace Diógenes de Sínope
- 1313 Muere Arnaldo de Vilanova.
- 1413 Muere Jacobo de Forlívio
- 1513 Maquiavelo redacta *El Príncipe*.
- 1613 Suárez: *Defensio fidei*.
- 1713 Muere Shaftesbury  
Nace Diderot  
Berkeley: *Tres diálogos entre Hylas y Filonús*.  
Collins: *Un discurso sobre librepensamiento*.
- 1813 Nacen S. Kierkegaard, F. Ravaisson, S. Tommasi y A. Vera.  
Fichte: *La doctrina del Estado*.  
Mme. De Staël: *Réflexions sur le suicide*.
- 1913 Muere W. Scuppe  
Nacen P. Ricoeur, A. Camus, A. Schaff, P. Tèvenaz,  
Russell y Whitehead – tercer libro de los *Principia  
Mathemática*.  
Scheler  
– *El formalismo en la ética y la ética material de los va-  
lores*.  
– *Esencia y formas de la simpatía*.

- *Rehabilitación de la virtud.*
- *Zur Phänomenologie und Theorie der Sympathiegefühle und von Liebe und Hass.*
- Husserl - *Ideas para una fenomenología pura.*
- Unamuno - *Del sentimiento trágico de la vida.*
- Lenin - *Notas críticas sobre la cuestión nacional.*

## Congreso Internacional Bioética y Hermenéutica: La Ética Deliberativa de Paul Ricoeur

El pasado día 22 de marzo clausurábamos en Valencia un Congreso internacional para valorar la aportación de Paul Ricoeur a la Bioética, con ocasión del primer centenario de su nacimiento. Agustín Domingo Moratalla, director del congreso, aludía a la figura de Ricoeur como el ejemplo de narrador del don de la vida, destacando dos aportaciones de su pensamiento. En primer lugar, que los espacios públicos donde ejercemos la reflexión se nutren con firmes convicciones morales de las que se da testimonio personal y con una inagotable capacidad de crítica para perfeccionar la vida institucional. En segundo lugar, al recordar sus aportaciones a la construcción de la bioética, nadie cuestiona hoy sus análisis sobre la vulnerabilidad, la estima de sí, la autonomía, la deliberación en el ejercicio de las profesiones sanitarias o la urgencia de humanizar las técnicas prácticas hospitalarias.

El congreso ha reunido en torno a sí a los principales representantes del pensamiento de Ricoeur provenientes de varias partes del mundo como Francia, Italia, Portugal, Chile, Japón, unidos todos en el mutuo interés de seguir navegando por los interminables cauces de la filosofía de Ricoeur. Una filosofía que a través de la donación, el símbolo y la narración, convierten la vida en un compromiso de reconocimiento que nos acerca a la narración del don de la vida.

La conferencia inaugural corrió a cargo de la profesora Catherine Goldenstein, directora del *Fons Ricoeur*, discípula y amiga del filósofo de Valence, del profesor Jesús Conill Sancho y del profesor Agustín Domingo Moratalla. En esta interesante y enriquecedora mesa inaugural aparecieron importantes contribuciones que merece la pena destacar debido a su relevancia. La profesora Goldenstein nos aproximó al Paul Ricoeur más humano, más allá de sus libros. Nos habló de un Ricoeur desde la narración de su propio insistir, uniéndolo a las in-

quietudes de su maestro por la justicia, vivida desde su fragilidad física en los últimos años de su vida. De ahí el título que utilizó Goldenstein: «La justa distancia». En su exposición Goldenstein hizo una triple división. En primer lugar se refirió a la fuerte amistad y familiaridad (vital-existencial) que tuvo con Ricoeur hasta el fin de su vida; en segundo lugar habló de cómo Ricoeur se propuso al final de sus días «inacabar su vida», donde puede apreciarse el interés e inquietudes de nuestro filósofo por la medicina en la última etapa vital; en tercer lugar su labor pública por una ética médica que no pudo acabar, pero de la que dejó constancia en una obra inédita que tituló «Justicia medicina», cuyo documento original está guardado en el *Fons Ricoeur*, número 554. Goldenstein señaló cómo Ricoeur fue bastante crítico con el código médico aprobado en Francia. Finalmente nos transmitió algunas de las reflexiones del filósofo en el atardecer de su vida. Siendo consciente de su inminente muerte quiso mostrar su deseo de que ante el desenlace final Ricoeur quería que se le recordara como un hombre que «escribió y partió», pues para él morir suponía «divorciar lo mortal de lo inmortal, separar el tiempo de la obra y la vida». Jesús Conill, por su parte, presentó su intervención con el sugerente título de «actualidad de la hermenéutica en tiempos de neurociencias»; nada más empezar destacó la importancia del saber vivir y aprender a morir cada día, como hizo Ricoeur, que es una lección hermenéutica de primer orden. Especialmente en un mundo donde la impronta de las neurociencias abren el horizonte de la neurofilosofía. Paul Ricoeur, señaló Conill, fue un maestro en el diálogo con las ciencias neurológicas como demuestra su libro *Lo que nos hace pensar*, donde mantiene una fecunda discusión con el neurobiólogo Jean Pierre Changeux. Sostuvo Conill que en el actual contexto filosófico donde las neurociencias quieren convertir la neurocultura en un referente a seguir, considerando toda la filosofía anterior como «paleofilosofía», el horizonte hermenéutico puede ayudarnos a hacer frente a las omni-abarcantes pretensiones de las neurociencias. De hecho, las neurociencias se ven obligadas a recurrir a términos y conceptos clásicos de la filosofía que ellos quieren convertir en «paleofilosofía». El pensamiento de Ricoeur constituye un laboratorio intelectual donde se combinan las aportaciones de Aristóteles y Kant, sacando lo mejor de sus racionalidades, sin caer en procedimientos vacíos o tecnocráticos. Conill concluyó haciendo hincapié en la defensa de un universalismo hermenéutico abierto a las ciencias, desde una «razón impura», donde no se margina la «racionalidad de las racionalidades»: nuestro cuerpo. Dicha razón puede librarnos de un falaz naturalismo que deshumaniza, superando el procedimentalismo

desde la experiencia y las narraciones. Superando los límites de la racionalidad/irracionalidad. Agustín Domingo Moratalla cerró la sesión inaugural con su conferencia titulada «La ética hermenéutica de Paul Ricoeur». En su exposición intentó mostrar la confluencia entre la tradición aristotélica y la kantiana en la filosofía de Ricoeur. Agustín Domingo destacó cómo Ricoeur se aproxima mucho a la noción española de «razón vital» de Ortega y Gasset y también a la distinción de Unamuno entre «obra», que tiene un carácter inmortal, y vida, que lleva impresa la condición de mortalidad, pero además le debemos el mérito de ser quien acuña la expresión «filosofía de la sospecha» para referirse a pensadores como Nietzsche, Marx o Freud. En su pensamiento, Ricoeur pretende hacer justicia de la realidad de la vida, no meras abstracciones. De ahí que su proyecto sea narrativo, por eso el acceso a la razón es desde el símbolo y abierto al don y la gratuidad. Ricoeur parte de una confianza en la fenomenología hermenéutica, donde aparece como fundamental la ética de la convicción.

También conviene destacar algunas de las demás conferencias que tuvieron lugar en el transcurso del congreso, de las que me propongo a destacar las siguientes: el profesor Antonio Da Re, de la Universidad de Padua (Italia), habló de los niveles del juicio médico y de las tareas de un Comité de Bioética, en donde su investigación reflexiva, en la misma línea que entiende Ricoeur por reflexión, debe encontrar su eje principal en la experiencia fundamental representada por la relación médico-paciente y en la finalidad terapéutica que toma su punto de partida en el pacto de confianza. El profesor Juan Masiá, de la Universidad Santo Tomás en Osaka (Japón), dedicó unas emotivas palabras de homenaje al recientemente fallecido profesor José Gómez Caffarena con quien mantuvo una reflexión obituarial. Masiá se centró en las importantes nociones de reconocimiento y responsabilidad, advirtiendo que no existe una ética dogmática y disyuntiva, sino exploradora de respuestas. La profesora Lidia Feyto señaló que la ciencia avanza a una velocidad tal que hace desaparecer los patronos fijos, de lo que surge la necesidad de convertir la deliberación en el modelo regio de la ética, donde la «transdisciplinariedad» no debe verse como un invento moderno, sino como algo congénito a la naturaleza misma del hombre que está desde siempre obligado al trabajo interdisciplinario. Tomás Domingo Moratalla, también director del congreso, destacó en su conferencia el «efecto Ricoeur», proponiendo entender una nueva forma de plantear los problemas en bioética en clave de Ricoeur, como una especie de punto y aparte. Destacó también la importancia de hablar de una «bioética hermenéutica», de una «pequeña bioética» emu-

ladora de su «pequeña ética» expuesta en *Sí mismo como otro*, como parte esencial para la bioética misma y cuya aportación es ineludible para el panorama contemporáneo de esta disciplina. Diego Gracia Guillén, principal exponente de la bioética en España y catedrático emérito de historia de la medicina en la Universidad Complutense de Madrid, expuso en su conferencia que lo verdaderamente importante para el estudio de la bioética en Ricoeur no es la ética hermenéutica, sino lo que el filósofo de Valence expone en relación a lo voluntario e involuntario y su proyecto inconcluso de hablar de la toma de decisiones.

La clausura del congreso corrió a cargo del decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Valencia (España), quien felicitó a los organizadores y agradeció la asistencia de tantas personas llegadas de diversos países de Europa y América. El balance final es que, cien años después del nacimiento de Paul Ricoeur y casi ocho años de su muerte, *el efecto Ricoeur* sigue estando presente en la universidad y su filosofía sigue siendo actual.

Raúl Francisco Sebastián Solanes

José Gómez Caffarena, S.J.

\* 5 de febrero de 1925

+ 5 de febrero de 2013

José Gómez Caffarena falleció en Madrid, donde había nacido 88 años antes. Detrás deja una biografía intelectual y una trayectoria personal merecedora de ser recordada y valorada. Deja también numerosos escritos, más numerosos alumnos, y sobre todo muchos amigos. Tras sus estudios en el Colegio de Areneros de los jesuitas de Madrid, entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Aranjuez (1941); allí mismo cursó las Humanidades. A continuación pasó a estudiar Filosofía en el Filosofado que tenían los jesuitas en Chamartín de la Rosa (Madrid). La filosofía que por aquellos años se enseñaba en Chamartín, como en otros Filosofados S.J. de España, seguía las huellas de Suárez. Los PP. José Hellín, José María Díez-Alegría y Luis Martínez Gómez fueron sus profesores y luego sus colegas de docencia. Tras estudiar la Teología en Granada y en Heythrop (Inglaterra), hizo el doctorado en la Universidad Gregoriana sobre el tema *Ser participado y ser subsistente en la me-*

*tafísica de Enrique de Gante* (1958). En Roma tomó contacto con el tomismo renovado de Maréchal y, a través de él, leyó y se inspiró en Kant. Desde entonces le acompañó Kant: su crítica del conocimiento como punto de no retorno, para la que no hay hechos desnudos sino interpretaciones más o menos avaladas o desmentidas por los hechos. Interpretacionismo lo llamaba entonces (todo conocimiento humano contiene un margen de interpretación) que luego se transformó y enriqueció en forma de hermenéutica, especialmente la ricoeuriana. La referencia a Kant no se centraba sólo en su criticismo, sino también en la revolución copernicana, en el primado de la razón práctica, en una visión humanista de la filosofía trascendental, abierta a la fe teísta que se hace posible cuando abandona la pretensión de ser ciencia. Caffarena fue un gran lector; en casi todo lo que leía sabía encontrar resonancias de su propio pensamiento: Santo Tomás, Kant, Ortega y Gasset, Kierkegaard, Blondel, Bergson, Ricoeur, Robison, Bloch, Garaudy, Zubiri...

En 1956 se incorporó al claustro de la Facultad de Filosofía de la Compañía de Jesús trasladada ahora a Alcalá de Henares. Entre 1955 y 1968 se gestó en Alcalá de Henares un clima intelectual que marcó a todos los que tuvimos la suerte de estudiar allí aquellos años. Esa aventura compartida nos impactó y nos marcó. Fui alumno y discípulo de Caffarena en la primera mitad de los años 60 en aquel milagro intelectual e institucional que fue la Facultad de Filosofía S.J. de Alcalá de Henares. En sus clases asistimos a esa aventura intelectual de pensar hacia Dios que terminó plasmándose en la *Metafísica Fundamental* (1968), la *Metafísica trascendental* (1969), y culmina con la *Metafísica religiosa* (1973), segunda parte de la *Filosofía de la religión* publicada conjuntamente con Juan Martín Velasco (autor de la primera parte del libro dedicada a la *Fenomenología de la religión*). No he conocido a nadie de los que vivimos aquello que no mire para atrás con agradecimiento; y en esa aventura ocupaba un lugar preeminente, entre otros, José Gómez Caffarena. Disfrutamos allí y luego disfrutaron otros muchos en las aulas de Comillas y en los seminarios de Fe y Secularidad y del Instituto de Filosofía del CSIC de la afable pedagogía de Caffarena al que ninguna alegación le resultaba despreciable: él sabía acogerla, ennoblecerla, situarla en un nivel que dignificaba al que se consideraba autor de una ocurrencia banal. Quienes desde su docencia asistimos a la gestación de estas obras y de este pensamiento quedamos impactados por la honestidad intelectual que nos ayudó a «depurar» nuestra manera de pensar y de hablar sobre Dios y la religión. La aparición del libro de

Robinson *Honest to God (Sincero para con Dios)* y el debate en torno a la «muerte de Dios», en el que Caffarena intervino de manera muy activa y lúcida no nos cogió desprevenidos.

Paralelamente empezó a impartir docencia de Teología para Universitarios, primero en las aulas del ICAI, después en el Instituto Universitario de Teología, luego durante muchos años en el currículum para postgraduados de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas. De este entorno surgen sus libros *Hacia el verdadero cristianismo* (1966), *La audacia de creer* (1969), *¿Cristianos hoy?* (1971) y la colección de artículos reelaborados en el volumen significativo de su pensamiento *La entraña humanista del cristianismo* (1984). Todos fueron reeditados.

«Creer o no creer en el hombre: ¿no es esta la cuestión?». Con esta pregunta introduce Caffarena su libro *La entraña humanista del cristianismo*. Parafraseando el pasaje de la carta de Santiago escribe Caffarena: «mostradme sin fe en el hombre vuestra fe en “Dios”; que yo os mostraré por mi parte una fe en el hombre que ya es fe en Dios». La fe en Dios tiene como su más importante condición de posibilidad una extraordinaria intensidad de la fe en el hombre. La misma noción de «Dios» sólo cobrará una configuración aceptable en tanto entendamos por «hombre» una realidad *abierto a algo a la vez infinito y amoroso*. El cristianismo no será nunca un *puro* humanismo; tiene una última mirada trascendente, que desborda los límites de lo humano; pero el cristianismo es la religión humanista por excelencia, que eleva lo humanista a rango religioso. Caffarena hacia dentro trata de humanizar al cristiano, destacando lo razonable y plausible de la fe, la plausibilidad del Misterio. Caffarena hacia fuera trata de abrir el enigma humano al Misterio divino.

A mitad de los años 60 Caffarena, junto con Alfonso Álvarez Bolado, forma parte de una comisión de jesuitas encargada de plantear cómo responder en España al encargo de Pablo VI a la Compañía de Jesús de hacer frente al creciente fenómeno del ateísmo. De ahí nace el Instituto Fe y Secularidad que fue durante más de 30 años, especialmente durante los últimos años del franquismo y los primeros años de la democracia, un lugar de encuentro y debate sobre los temas filosóficos, teológicos, sociales y políticos de actualidad. Caffarena, director del Instituto entre 1976 y 1988, trabajó allí hasta que dicho Instituto terminó sus actividades. Las memorias académicas del Instituto Fe y Secularidad, publicadas anualmente, permiten seguir el rastro intelectual de Caffarena, su participación en los

debates sociales y eclesiales de esos años, además de sus publicaciones. De ese entorno nace el Foro del Hecho religioso, liderado por Aranguren y Caffarena. También merece ser mencionada su participación asidua en las primeras reuniones interdisciplinares de la que terminaría siendo la Asociación Interdisciplinar José de Acosta (ASINJA). Especial mención merece el Máster en Ciencias de la Religión, primer título universitario en España que aborda el tema de la religión en clave interreligiosa, y al que Caffarena dedicó mucho empeño e ilusión.

Profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía de Alcalá se incorporan a partir del 1969 a la Universidad Pontificia Comillas trasladada a Madrid por aquellos años. En ella ejerce su magisterio José Gómez Caffarena hasta su jubilación. A su enseñanza de la Metafísica que ahora queda en manos de algunos de sus discípulos pero que él sigue cultivando y en ocasiones dando él mismo las clases, se añade la Filosofía del Lenguaje que es una de sus preocupaciones fundamentales de los últimos decenios de su docencia y sobre todo la Filosofía de la religión. Entre 1968 y 1976 también imparte cursos de doctorado en la Universidad Gregoriana de Roma. Kant sigue siendo su mentor y acompañante; la metafísica y la filosofía de la religión con una fuerte impostación ética, sus campos preferentes de cultivo. De ahí nace *El teísmo moral de Kant* (1983). Para él Kant está muy cerca de la entraña humanista del Evangelio que prolonga y enriquece el respeto en amor ( vid. *¿Qué aporta el cristianismo a la ética?*, 1991).

Al cumplir los 70 años, M. Fraijó y J. Masiá le ofrecieron un libro-homenaje con motivo de su jubilación (*Cristianismo e Ilustración*, 1995). Nombrado profesor emérito ese mismo año se le invita a tener el curso de doctorado en el que vierte todo su conocimiento y toda su minuciosa exégesis del pensamiento kantiano en el que, a la postre, termina siendo su último libro publicado: *Diez lecciones sobre Kant* (2010). Como escribe José Egido en la tesis doctoral que dedicó al pensamiento de Caffarena (*Fe e Ilustración: el pensamiento de José Gómez Caffarena*, 1999) el núcleo del pensamiento de Caffarena se centra en «Kant, el humanismo y la progresiva apertura al estudio de la religiosidad y de su ausencia (“increencia”), así como de la religiones...». En el epílogo de esta tesis el mismo Caffarena desvela lo que está siendo y va a ser su ocupación fundamental en los años siguientes: escribir una Filosofía de la religión en la que trataría de ofrecer una visión sintética del hecho religioso, una revisión de las posturas filosóficas desde las que se ha filosofa-

do sobre la religión para acabar con una parte más propositiva. Considera que esta filosofía de la religión («una» entre muchas posibles, la suya) no podrá ser heredera de las Metafísicas, aunque recogerá muchos temas de ellas.

Emérito en la Facultad de Filosofía de Comillas sigue colaborando con el Instituto de Filosofía del CSIC. Sus seminarios en el Instituto de Filosofía dedicados a la Filosofía de la religión en estrecha colaboración con José María Mardones (+2006) dan lugar a la publicación de tres volúmenes de *Materiales para una Filosofía de la Religión* (tomos I, II y III).

Sus muchas publicaciones y su diálogo con los autores que iba leyendo fueron retrasando y enriqueciendo su obra culminante *El enigma y el Misterio* (2007). En esta obra se recogen y resuenan con nuevos matices y un tono menos asertivo, algo más modesto, todos sus escritos filosóficos anteriores. A escribir *El enigma y el Misterio* dedicó muchos años de su vida y muchas horas de trabajo y reflexión. En él se reflejan sus muchas lecturas, sus reflexiones, sus búsquedas, su honestidad intelectual, esa hermenéutica de la empatía conciliadora capaz de aprender de todos sin dejar de cultivar un sentido crítico lleno de matices, y, sobre todo, su pasión por el enigma humano y por el Misterio divino, al que es plausible invocar como Dios, Amor originario. Trata con gran delicadeza a todos los autores y puntos de vista, y reivindica con toda modestia y convicción la plausibilidad de la fe religiosa. Su planteamiento se adscribe a la cosmovisión del idealismo de la libertad (Kant), tomando distancia pero dialogando con el naturalismo (Hume) y con el idealismo objetivo (Hegel). Está escrito con un estilo lleno de incisivos y salvedades, como una obra de orfebrería para la que ningún detalle, ningún matiz es insignificante.

Se nos ha ido un maestro de filosofía «un entrenador de humanidad profunda» que dedicó sus mejores capacidades intelectuales y humanas a mostrar lo razonable que puede ser abrir el enigma humano al Misterio que llamamos Dios, al que podemos invocar y amar porque él mismo es Amor. Practicó un pensamiento dialogante, siempre en búsqueda y cuestionamiento crítico, que daba primacía a lo ético tratando de pensarlo y vivirlo en coherencia. En el epílogo que escribe al libro de Egido mencionado más arriba dice de sí mismo: «pienso haber ayudado a otros a filosofar y eso es lo mejor que he hecho».

Augusto Hortal Alonso, S.J.

## Recuerdo de Eugenio Trías (1942-2013). Estética y metafísica

Conozco a Eugenio Trías sólo por sus libros. Nunca me relacioné personalmente con él. Pero es uno de esos filósofos cuya obra no se entiende sin conocer a fondo su trayectoria biográfica. Aquí, como recuerdo, después de su reciente muerte, deseo evocar brevemente su persona junto con los frutos de su actividad filosófica.

Nació en Barcelona el 31 de agosto de 1942. Murió en esta misma ciudad el 10 de febrero de 2013. Entre esas dos fechas ha protagonizado una vida fecunda, llena de amor a la libertad y a la belleza. Se sentía catalán y español. Tenía conciencia de formar parte de la frontera entre el mundo y el trasmundo. A pesar de sus deseos no pudo elaborar una auténtica teología filosófica. Su filosofía está mediatizada por una subjetividad que le impide remontarse al ser en sí, para hablar en palabras kantianas. No es un pensador realista, sino idealista. Su filosofía, concebida como creación, no puede desvincularse de su pasión por la literatura.

Ha tratado de recrear la filosofía a la altura de su tiempo en compañía de algunos filósofos hacia los que se siente especialmente atraído. Aunque la estética desempeña un papel importante en su filosofía, hasta el punto de que todos sus libros son como exhalaciones procedentes de esa dimensión estética, en la cual parecen moverse como en su elemento propio, no se ha quedado en ella. Reconoce que la estética ha sido siempre para él la señal de salida hacia la metafísica. Por esto es consciente de que sus libros no parecen adaptarse a las superficies por las que circula el pensamiento filosófico académico y ortodoxo de su tiempo. Su itinerario filosófico va desde su tesina sobre Platón hasta los distintos barrios de su *filosofía del límite*. En sus últimas obras *El canto de las sirenas* y *La imaginación sonora* se adentró en el terreno de la música

Desde su obra *La filosofía y su sombra* (1969) hasta el artículo publicado el 22 de diciembre de 2012 en el periódico ABC, titulado «Un héroe de mil caras. Todos los rostros de Dios», han transcurrido 43 años de creación filosófica, pues Eugenio Trías concebía la filosofía como creación de modo semejante a lo que sucede en el mundo del arte, en la literatura. Quizás se dejó avasallar demasiado por la retórica, por su afán de originalidad. Al fin, la realidad en su fondo es la misma para todos, aunque siempre la veamos desde una perspectiva peculiar, y, como decía Hegel, la pasión por la verdad ha de superar el afán de originalidad. Hemos de aspirar a encontrarnos,

gracias al ejercicio de nuestra Razón, en los mares de la verdad y en el Océano que los abarca a todos. Le tocaron vivir décadas de esperanza, pero también de tensión y desencanto.

Las obras de Eugenio Trías son las de un filósofo, no las de un mero historiador de la filosofía. Esto representa mucho en estos tiempos en que, en el ámbito académico, se suele despreciar a los que no se limitan a hacer historia de la filosofía. Es un filósofo que pretende repensar los grandes problemas en busca de una respuesta a la altura de nuestro tiempo. Las ciencias no son el final del camino del conocimiento humano.

En sus libros observo sinceridad, radicalidad, inquietud metafísica, pasión por la verdad, algo que no es frecuente en nuestra situación intelectual española, donde tantos no escriben como piensan, sino que representan papeles mejor o peor aprendidos ante la galería de sus admiradores o de aquellos que les pueden ascender en su rango académico.

Trías fue un hombre apasionado por la filosofía primera. No estoy seguro de que lo que construyó sea una metafísica realista. Construyó una metafísica idealista hecha de símbolos y metáforas. Curiosamente en él se dan encuentros aparentemente contradictorios: Platón y Nietzsche.

Le come su pasión creadora. La auténtica filosofía sería un género de creación. Pero la verdad no la creamos nosotros, se nos impone, y con frecuencia no es agradable. Muchos autores de nuestra generación, por el prurito de ser originales, se han perdido en la retórica y en una cierta artificiosidad. Algo de esto parece haberle pasado a Trías.

Falta en él un suficiente aprecio por la escolástica, como si en ella hubiese muy poco que mereciera la pena. Y en esa filosofía, con frecuencia, encontramos pasión por la verdad, por lo Absoluto (como en San Agustín), pasión por la belleza y por la libertad. Impulsado por esa especie de alergia a la escolástica, parece descalificar casi en bloque toda la filosofía neoescolástica que se enseñaba en nuestras Universidades durante los años sesenta y setenta, sin reparar apenas en el hecho de que, por esos mismos años, la neoescolástica de tradición medieval estaba siendo sustituida por otra neoescolástica de tradición fenomenológica, analítica o marxista, carente de interés por la verdad, salvo raras excepciones. Una filosofía volcada en el compromiso político. La ideologización de la filosofía, que se dio en muchos durante la época de Franco, se continuó dando en los años sesenta, setenta, ochenta y noventa, hasta el momento actual, sólo que en otros sentidos.

No quiero decir que Eugenio Trías cayera plenamente en tal ideologización. La verdad es que, sobre todo en los últimos años, huyó de ese riesgo, buscando un acceso a la solución de los últimos problemas que se plantea el hombre sin remedio: los problemas metafísicos. Incluso abrió su pensamiento al mundo religioso. Sin embargo noto una tensión interna en su filosofía. Es muy difícil conciliar a la vez a Platón, Nietzsche, Kant, Wittgenstein y el Maestro Eckhart.

Todo lo que aquí acabo de apuntar puede hallarse ampliamente desarrollado en mis reseñas a algunos de sus libros y en mi colaboración al libro *Ocho filósofos españoles contemporáneos* (Ediciones Diálogo Filosófico, 2008).

Eugenio Trías ha terminado su aventura filosófica. Se tomó la filosofía en serio. Tuvo una vida dedicada, en gran parte, a la filosofía. Deseo que su encuentro con la Belleza y la Verdad absolutas y concretas colme su eternidad de aventura interminable.

Ildefonso Murillo

### Leonardo Polo (1926-2013)

A su fallecimiento Leonardo Polo nos ha dejado una copiosa y rica producción filosófica para estudiar y desentrañar: todo un desafío. Es algo que ya se viene haciendo desde hace algunos años con la publicación de una parte considerable de sus inéditos, la aparición de estudios centrados en su pensamiento o la dirección de no pocas tesis doctorales. Por mi parte, he podido comprobarlo de cerca al participar anualmente en las Jornadas castellanas, al preparar algunas colaboraciones para la Revista *Studia Poliana* o al ser invitado por el Instituto de Estudios Filosóficos Leonardo Polo, con sede en Málaga, a dar una conferencia el pasado año sobre «Expresiones del principio de identidad». Frente a lo que quizá puede parecer, no es un autor aislado filosóficamente dentro de su generación, sino que se adscribe a una dirección filosófica del siglo XX convergente en la centralidad de la persona, de la que son exponentes entre otros Zubiri, Marías, Wojtyła o Jaspers, es cierto que cada uno desde una conceptualización peculiar. Tampoco sus desarrollos carecen de conexiones con la tradición, sino que están entroncados en el descubrimiento del acto de ser por Tomás de Aquino, igualmente puesto en el centro por renombrados tomistas del siglo pasado, como Maréchal, Fabro o Gilson. Sin embargo, sí es inédito el modo como Polo continúa el hallazgo tomista. ¿En qué consiste?

Sin duda la maduración de su pensamiento es muy temprana. Según confesión propia, en el año 1950 encuentra lo que había de ser su método de investigación: «la de-tectación del límite mental (literalmente quitarle el techo) en condiciones tales que quepa abandonarlo». Ello significa que no cabe atribuir a la realidad características que provienen objetualmente de la presencia mental y que le pasan desapercibidas a esta, dado el ocultamiento de la presencia en el pensar objetivo. Pero justo al abandonar el límite, la temática que se abre no es algo único, ya que la unicidad es debida a la extrapolación de la presencia, sino que encuentra una pluralidad de dimensiones. Se puede ir, en efecto, más allá del límite por el lado del objeto o por el lado de la operación cognoscitiva, pero no presentando otro objeto u otra operación, sino según el modo del conocimiento habitual. Así, el hábito de los primeros principios repara en el ser sin fijarlo en términos objetivos; a su vez, se llega a la esencia extramental cuando se resta el límite de los contenidos que realmente se ofrecen; el hábito de sabiduría, por su parte, consiste en obviar la presencia mental para alcanzar el quién de la persona, y cabe, en cuarto lugar, demorarse crecientemente en el límite mediante el hábito de la sindéresis para evitar la repetición de la presencia, explayando así la esencia humana como un yo veo y un yo-quiero.

Uno de los resultados es la delimitación entre Metafísica (primera y segunda dimensiones del abandono del límite) y la Antropología trascendental (tercera y cuarta dimensiones): la persona no es un tipo de ente entre otros, sino un co-ser o ser segundo, abierto a sí mismo, al Universo, a las otras personas y a Dios. El modo de acceder a Dios desde la Antropología trascendental se acerca más a su realidad como persona —una y trina— que cuando lo barruntamos como Principio primero fundante del ser creado. Otro de los corolarios es el descubrimiento de las dualidades constitutivas del hombre, articuladas en distintos niveles jerárquicos.

La fecundidad del planteamiento dualizante anterior se advierte pronto: 1º) frente a los dualismos y monismos, la constitución del hombre queda dualizada con la libertad de la persona: es una libertad que no se queda en los actos voluntarios, sino que irradia en las manos, en el rostro, en la apertura frontal al mundo como horizonte...; 2º) en el plano ético la dicotomía entre libertad y deseo, que desde Kant ha lastrado los planteamientos deontológicos modernos, se supera cuando no se contempla el deber limitando desde fuera el deseo natural de la voluntad, sino en dualidad con él, como deseo a favor de lo debido (y, por tanto, reconociendo en ello el atractivo del bien); 3º) la dualidad entre ver-yo y querer-yo, como desglose esencial de la persona, evita el escollo de tener que optar por la primacía del entendimiento sobre la voluntad o por lo inverso, al exponer el funcionamiento de la libertad; 4º) desde las dualidades la productividad técnica no se subordina instrumentalmente a la praxis (lo cual resulta difícil de aceptar a la altura de la civilización actual y escamotea la virtud de

## Acontecimientos

la laboriosidad, por ejemplo), sino que el dinamismo de la acción se refleja en que es productiva haciendo de ella como acción.

Pero no es el objetivo de esta nota *post mortem* tratar de reunirlo en su conjunto (lo cual se ha intentado ya y creo que con bastante fortuna), sino que solo he pretendido enmarcar la filosofía de Polo en la altura filosófica de nuestro tiempo, mostrando algunos de los destellos que despide. Su dedicación ininterrumpida a la docencia, desempeñada en Granada y Pamplona, y en los veranos en México, Colombia, Perú y Chile, y a la investigación rigurosa arrojan un importante saldo filosófico que no es fácil calibrar.

Urbano Ferrer Santos